

Leer en la escuela durante el franquismo

Sánchez-Redondo Morcillo, C. (2004)

Cuenca, Ediciones de la UCLM, 329 p. ISBN: 84-8427-332-6.

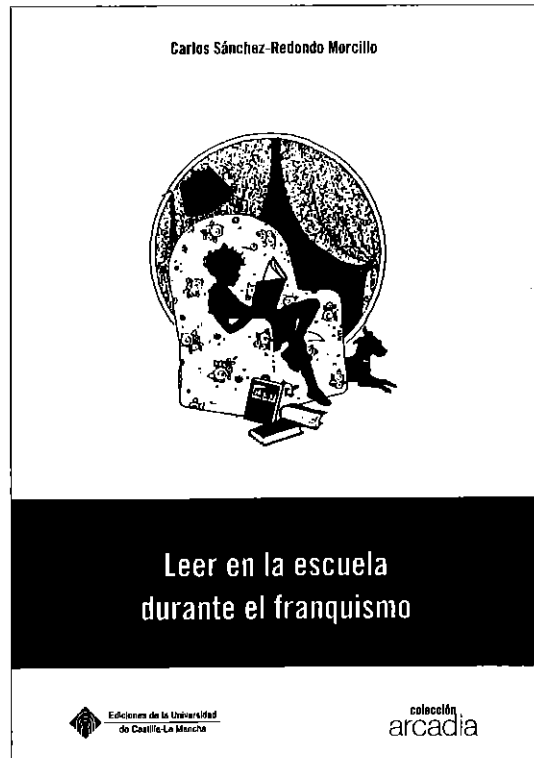
Recensión a cargo de: M^a Rosa Oria Segura

Profesora colaboradora del Dpto. de Ciencias de la Educación.

Facultad de Educación. Universidad de Extremadura.

En la Colección Arcadia del Servicio de Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha (Cuenca, 2004) ha visto la luz recientemente el volumen titulado *Leer en la escuela durante el franquismo*, del profesor D. Carlos Sánchez-Redondo Morcillo. Un texto en el que se aúnan las labores de investigación en el ámbito de la Sociología de la Educación con la experiencia personal de quien ha desempeñado también la profesión de maestro y orientador escolar. Una obra que, como no podía ser menos, ya figura en la prestigiosa Base de Datos de publicaciones sobre Manuales Escolares impulsada por el Centro Investigación Manes (una más amplia información sobre lo que supone el proyecto Manes se mantiene a disposición de todas las personas interesadas en la siguiente dirección: <http://www.uned.es/manesvirtual/portalmans.html>).

El tema en sí no le es desconocido al autor, pues cuenta en su haber con anteriores producciones de similar contenido en la revista *Docencia e Investigación*, en 1996, 1997 y 1999; en libros como TIANA FERRER, A. (2000) *El libro escolar, reflejo de intenciones políticas e influencias pedagógicas*, destacando también sus publicaciones en revistas internacionales de renombre como la *Internationale Schulbuchforschung* (revista internacional de investigaciones de libros de texto).



Con esta nueva obra el profesor Sánchez-Redondo reúne, amplía y continúa contribuyendo a generar información no sólo sobre unos manuales de lectura concretos, sino también “sobre la escuela y la sociedad de la época” para “comprender y profundizar en esta época de nuestra historia con objetivismo” (p. 27). Consecuente con esta intención, cuando aborda la reglamentación legal de los libros de texto nos vuelve a recordar que no es su voluntad enjuiciar la política educativa del momento sino “analizar las normas que regulaban la autorización de los libros que se utilizarían [...] así como ofrecer a los lectores un índice de todas las normas legales” (p. 52). Es también su propósito en esta obra el rastrear la mayor o menor presencia “de contenidos ideológicos, político-religiosos en los textos de lectura de las cartillas y libros de iniciación a la lectura” (p. 139) en dos periodos concretos: el de inmediata postguerra y el de la época tecnocrática de los años sesenta. Interesante es la conexión que establece entre el ayer y el hoy: si, en efecto, es valioso conocer nuestro más inmediato pasado *per se* también lo es porque, como nos recuerda el autor en alusión a la década de los sesenta, “los adultos de hoy, como la mayoría de los dirigentes políticos actuales fueron educados en esta época” (p.167), es decir, porque ese periodo concreto de nuestra historia reciente nos ayuda a comprender las claves por las que discurre nuestra realidad actual y por qué construimos en la manera en que los hacemos hoy nuestro país.

La obra se divide en cuatro capítulos precedidos de una *Introducción* en la que podemos encontrar el por qué de la misma: el propio autor nos explica qué le movió a investigar este tema, y cómo fue desarrollándose su interés por él. A continuación justifica brevemente la estructuración de su obra en cuatro partes: las tres primeras, dedicadas respectivamente a contextualizar el régimen franquista en sus vertientes social y política, al recorrido por las normas legales que regularon la aprobación de los libros de textos y al análisis de los libros de lectura de la década de los años treinta y cuarenta abarcan la mitad del volumen, mientras que con una mayor extensión (casi la segunda mitad del volumen) el cuarto capítulo se refiere a los libros de lectura de los últimos cursos de Enseñanza Primaria en la década de los años sesenta.

Podemos, por tanto, afirmar que traza una interesante panorámica de todo el periodo franquista, pero que se detiene especialmente en dos momentos: en el periodo de mayor control ideológico de los libros, en la inmediata postguerra, y en el periodo en que se impone la visión tecnocrática en el Ministerio de Educación en la década de los sesenta, y en el que se aprecian cambios fundamentales en cuanto al tipo de libro (se pasa de la *enciclopedia* a los libros de texto por áreas de conocimiento) y en cuanto a la severidad del control: “en general, puede afirmarse que durante toda esta década se pusieron pocas objeciones a los libros presentados para su aprobación; lo que redundó en la gran variedad disponible” (p. 89).

La investigación que reseñamos mantiene una acertada línea metodológica socio-histórica en la que a veces se entremezclan las vivencias del profesor Sánchez-Redondo como cuando, al hilo de la precariedad de algunos locales escolares (p. 39), incorpora una elocuente descripción de cómo era una escuela donde él mismo impartió clases en los años sesenta.

Los dos primeros capítulos se podrían considerar introductorios, y en ellos disfrutaremos con los interesantes apuntes socioeconómicos y las numerosas reflexiones sobre otros aspectos escolares como la planificación del mapa escolar, el bosquejo del sistema de autorización de libros de texto etc. Pero es en el tercer capítulo donde empezamos a paladear el núcleo de la obra: el análisis de los libros destinados al aprendizaje de la lectoescritura. Encontramos en este tercer capítulo un detallado examen de la tipografía, la calidad de impresión, de los principios metodológicos que los sustentan, y un análisis de contenido de sus textos e ilustraciones (muchas de ellas reproducidas en estas páginas). Las profusas citas textuales nos permiten captar los matices de las observaciones que respecto a ellas realiza el autor, e incluso aventurar las nuestras propias. Las frescas descripciones del “ambiente de una escuela de primaria de la postguerra” aligeran el rigor academicista y se acercan al relato vivencial en una narración en la que por momento creemos que el autor nos interpela directamente “quizá el maestro/a lo mande [leer] “saltado”... ¡y no te despistes, y sabe bien dónde llega la lectura!” (p.113).

En el cuarto capítulo se mantiene la tónica: una inteligente combinación del análisis de los aspectos formales y de contenido del libro con la descripción de su uso en el aula y del valor concedido a este material didáctico por las familias de los estudiantes. Exhaustivo resulta el estudio de los manuales, que incluye elementos como que sean publicaciones nuevas de esa época o reediciones de décadas anteriores, el perfil profesional de quienes los firmaban y su más que frecuente vinculación al mundo escolar, quiénes fueron sus ilustradores y la calidad de las imágenes, requisitos legales, pedagógicos, de estructura literaria e incluso cuestiones sobre el tipo de edición (formatos, calidad de las cubiertas y papel, etc).

El detalle del análisis de los manuales de lectura en este cuarto capítulo llega al punto de hacer una breve semblanza del ideario tan próximo al régimen político de los cuatro autores con más publicaciones en el total analizados en esta investigación. De la mano del autor y de su cuidada selección de textos e imágenes recorreremos los principales temas que se ofrecían en los libros de lectura, para que en el alumnado de la época calaran mejor conceptos tales como el de la Patria española, Dios y la religión católica, la abnegación del cuerpo docente (casi siempre reflejado como un hombre), el sistema de valores aceptado socialmente y el afeamiento de los considerados como vicios, el papel que cada género había de asumir, el papel de la familia en la sociedad, etc. En este recorrido el autor trata de ser lo más objetivo posible, dejando hablar sobre todo a los propios textos e imágenes, reservando para el final sus propias impresiones evitando, de este modo, interferir en la lectura propia que podamos querer hacer. Mas no por ello renuncia a comunicarnos sus hallazgos, y se cierra el capítulo con una valoración de todo este contenido y las repercusiones en el alumnado de aquella década, dado que “puesto que la variedad de lecturas era relativamente grande, no todos los niños recibirían el mismo mensaje” (p. 312).

La lectura completa y atenta de la obra que comentamos nos deja una huella positiva, por la neutralidad que en todo momento ha sabido mantener el autor. Todo tipo de lector puede acercarse a ella: por su cuidada elaboración puede ser de interés para estudio-

sos de diversas áreas científicas (Historia de la Educación, Sociología de la Educación, Didáctica, etc.); por su especial acercamiento a los textos de lectura sin duda especialistas en Didáctica de la Lengua y su Literatura puedan obtener también interesantes aportes. Por otra parte, resulta de interés para toda persona que quiera dedicarse a la docencia en la etapa de Educación Primaria, por que ayuda a entender los antecedentes de los actuales textos escolares, y sugiere claves desde las que podemos analizar los que en la actualidad encontramos en nuestras aulas. La amenidad de su lenguaje, las expresiones populares que a veces encontramos sirven para acercar a lectores no especializados a esta obra), a lo cual también ayuda la ya mencionada mezcla sus recuerdos como docente.

En definitiva, el autor sintetiza para todos con gran habilidad una parte de nuestra historia y nuestra vida tal vez difuminada entre otros asuntos políticos económicos pero que, sin duda, calan mucho más en la población de un país y que, de alguna manera, nos ayuda a explicarnos por qué nuestra intrahistoria es la que es.

M^a Rosa Oria Segura

*Profesora Colaboradora del Departamento de Ciencias
de la Educación de la Universidad de Extremadura.*